

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL MEDICO DE AYER Y EL DE HOY

por el doctor *J. Quintero Quintero*.

Trabajo de incorporación como Individuo
de Número de la SOCIEDAD VENEZOLANA
DE HISTORIA DE LA MEDICINA.

"Los hechos y las fechas son el esqueleto de la Historia: las costumbres, las ideas y los intereses son la carne y la vida de la misma".

Valtour.

"El médico debe conocer sus límites y no ser ni el que todo lo sabe y nada comprende, ni el que nada sabe y todo lo comprende, como decía Clemenceau".

René Moreau.

(Presse Medicale, 6 de junio de 1951).

"Todos los hombres que sufren de alguna enfermedad y que se ponen bajo el cuidado de un médico, exigen de éste, naturalmente, que sea caritativo, capaz de observar y contemplar, perseverante, discreto, paciente, desinteresado y que tenga cierta amplitud de corazón, que pueda explicar claramente lo que deba hacerse, sin olvidar la simpatía, pues la simpatía, que no debe confundirse con la caridad, es un poderoso ayudante en la penetración diagnóstica".

George Duhamel.

"Vivir en el sentido amplio de la palabra, no es simplemente existir o subsistir, limitarse a existir o subsistir, sino también disponer de sí, darse..."

Gabriel Marcel.

"Si cada uno de nosotros buscara encender en su interior, una chispa de moral, nada tendríamos que temer a la bomba atómica o de hidrógeno".

General D. Eisenhower.

"La Medicina es mi mujer legítima, la Literatura, mi amante favorita".

Anton Chejov.

El campo de la Historia no ha de reducirse a la simple concatenación cronométrica y geográfica de los más prominentes acontecimientos. No. El campo de la Historia es muy extenso y muy profundo. Dentro de ese aspecto superficial que nos ofrece, especie de dibujo en donde se contemplan puntos gruesos de recia actividad y líneas planas a manera de vacíos silenciosos, existe el otro aspecto medular e íntimo, en donde la Sociología, sobre todo, pone alta proporción de ingrediente para integrar en lenta y progresiva sucesión esas estampas diferentes que aparecen en el transcurso de los años.

Múltiples factores influyen en la confección de tales estampas. Entre ellos mencionemos, el cambio del medio físico, el variar de las costumbres, el progreso de la Ciencia en sus diversas manifestaciones y esa inquietud angustiosa y desesperante de la humanidad que es afán incontenible de caminar por la senda de la superación. Porque ha sido ese afán del sér humano, lo que ha hecho variar la fisonomía de esas estampas, en primer lugar.

Cada una de éstas, desde luego, está integrada por la misma humanidad, pero en un instante peregrino de su dilatada evolución. El hombre en su lucha perpetua por dominar el medio e implantar una mejor armonía y una mayor comodidad en la vida misma, y en su deseo de lograr nuevas adquisiciones, de recorrer nuevas vías, constituye el factor eje, el factor profundo en la evolución de la sociedad, de donde surgen hacia la superficie, cada una de dichas estampas tan bien demarcadas en el libro extenso de la Historia. Es pues, a esa inagotable actividad humana a la que se debe el cambio de fisonomía del universo que no es más que mezcla y disposición de hechos y que constituye la diferenciación de los cuadros históricos en sí.

De allí, que la Historia aparezca como una exhibición de cuadros, un film de escenas, algunas más intensas, más relevantes que otras, pero formando todas cadena de una sola unidad que las sostiene y las distingue a través de los años.

En la Historia de la Medicina entran muchos elementos que influenciándose mutuamente y agitándose en el medio ambiente de turno, van ofreciendo cambios muy notorios en el conjunto y hasta en la urdimbre de los detalles. Hay dos matices esenciales, si pudiéramos decir, en estos cuadros sucesivos de la Historia de la Medicina. Uno, el Médico propiamente dicho; otro, el avance de la Ciencia, que modifica el medio circundante.

El Médico vá a ser el personaje central de estos cuadros que deseamos analizar; pues el Médico como ente social ha ido variando al compás de las modificaciones del medio ambiente impuesto por la Ciencia. A medida que ésta ha ido avanzando, las características del mundo han ido cambiando también. Sin alejarnos hasta los brumosos orígenes de la Medicina, cuando todo se hacía entre humo de suposiciones y nieblas de metafísica, el Médico, muchos siglos atrás, como persona de líneas definidas, estaba en gestación, no existía propiamente el Médico tipo. Pero más tarde, cuando el oscurantismo empezó a disiparse y se perfilaron luminarias de orientación y surgieron las primeras manifestaciones de lo experimental, cuando la Ciencia, en una palabra, encontró rumbos certeros y se echó a andar por el camino de las adquisiciones fundamentales, la figura del Médico también inició su formación. Del fondo opaco y turbulento de lo intuitivo, iba creciendo poco a poco la llama blanca de lo deductivo, de lo positivo, de lo real. Aquella época, de la cual hasta cierto punto con razón, se podría repetir con Valery, en que "la Medicina era un montón de recetas que había dado resultado", iba desapareciendo cónsona con el nacimiento de los nuevos principios.

Porque la humanidad permaneció sentada estatuarmente, sobre largas centurias estacionarias. Lo conseguido, lo estudiado, lo descubierto hasta entonces, se consideraban como el ápice de lo posible. No se pensaba en el futuro y mucho menos parecían destellos inquietantes de algún nuevo amanecer. Los principios estaban como remachados en la conciencia y en el ce-

rebros de los hombres. Cuando aparecía algún acontecimiento feliz, de tentadoras proporciones, de avanzadas apreciaciones, se consideraba un imposible, una locura y se calificaba, según la expresión en boga, de herejía. Todo cuanto no marchara bajo la égida del ritmo monótono de entonces, se consideraba herejía.

Pero los años fueron pasando y la inquietud tremante del hombre que se iba haciendo angustia, estallaba de vez en cuando en grietas luminosas de progreso. Los inventos fueron apareciendo y aquel rancio epíteto de hereje se desmenuzó bajo los golpes de la verdad. El hombre mismo fué el luchador insignificante contra las fuerzas arraigadas de estancados conocimientos. El hombre mismo fue destruyendo lo que antaño construyera, creando nuevas formas, procedimientos distintos, engendrando principios más claros y precisos, logrando, en fin, posiciones cada vez más favorables. Era el futuro que abría sus puertas de par en par y un mundo distinto se ofrecía a los ojos. Era el comienzo de aquel futuro de ayer que no era más que este presente de ahora, lleno de oxígeno de verdad y de luz de comprensión. Y por entre esta variación lenta, pero segura, amasada de tiempo, estremecida de altos y bajos, la silueta del Médico como personalidad, iba apareciendo con pincelazos cada vez más firmes.

Las características de Médico, han estado pues, íntimamente vinculadas con las de la Medicina en vías de superación, a tal punto que es indudable que el resurgimiento que contemplamos de ésta desde hace años, ha hecho mudar radicalmente el boceto primitivo del profesional.

El profesional de los siglos más remotos no era sino un sacerdote, un curandero, un piache, un curioso, en una palabra, un empírico en cuyas labores y actividades siempre se sorprendía el destello de lo sobrenatural, de lo desconocido, de lo misterioso. Porque aquellos personajes en cuyas manos reposaba la salud de los hombres y representaban los luchadores contra los males de la humanidad, eran seres eslabones entre el dolor y sus múltiples manifestaciones y los seres superiores, invisibles y etéreos, dotados del poder suficiente para suprimir el mal e imponer el bien a voluntad.

Pero queremos referirnos con especial esmero al Médico de los siglos XVIII, XIX y principios del actual, junto con el de la hora moderna.

En una apreciación detenida de ambos personajes se descubren diferencias notorias, de carácter social y científico. Un concepto demasiado generalizado había prevalecido sobre el Médico. Cuando se decía médico, saltaba al proscenio de la imaginación el hombre de alma dura, capaz de contemplar con ojos estoicos las danzas del dolor. Era el hombre serio, encerrado en sus murallas de conocimientos y términos incomprensibles, envuelto en una atmósfera de respeto y cariño, de confianza y distancia, intensamente material. Un hombre, en quien el sentimiento sería un arroyo seco, cuyo paisaje interior estaría lleno de sombras, sufrimientos e ingratitudes, muecas y alaridos. Era el hombre entregado a la pesquisa de un alivio, ya sobre las páginas del libro, acechando la noción nueva, o sobre la cama del paciente atrapando el detalle diminuto de orientación.

Pero eso de considerar al Médico en tal forma, ha sido y es un error, es además, no conocer su verdadera personalidad y sobre todo, su exacto cometido. El Médico no tiene agotada su sensibilidad, al contrario, la tiene intacta y más aún, agudizada quizás, porque la trata de conservar en lo más profundo del ser, y evita exteriorizarla para no desanimar ni sumir en la desesperación a todos cuantos estén a su alrededor, pendientes de un gesto, de un ademán, de una palabra, de una manifestación cualquiera que ella sea y por nimia que ella sea, que delataría la realidad de los acontecimientos; evita exteriorizarla, pues es él quien dirige el combate que se está librando contra la muerte y debe, en todo momento, interponerse con serenidad y aplomo entre el paciente a quien defiende y el más allá que se le enfrenta.

Don Jacinto Benavente, ha hecho en este sentido interesantes crónicas que retratan admirablemente este aspecto mistificado del Médico, reivindicándolo a una correcta y exacta posición.

El mundo en épocas anteriores, y decimos épocas anteriores, hasta fines del siglo pasado, pues el presente ha sido siglo

de empuje y palpables realizaciones, había permanecido en una especie de statu quo salpicado a veces por hechos de importancia. Europa era el centro de irradiación mundial; de allá venían la civilización, el anhelo de seguir adelante en desenfrenado afán de conquista. Estados Unidos de Norte América, empezó a reunir energías y acumular riquezas de adquisiciones y con su extraordinario espíritu de progreso, lograba los primeros pasos en tal sentido. Se iniciaban las bases de la nueva escuela norteamericana que adquirió luego prestigio y preponderancia.

La escuela principal era, repetimos, la europea y, entre nosotros especialmente, la francesa. Los Médicos eran entonces altas personalidades que merecían la reverencia de la colectividad agradecida. En los pueblos, la vida giraba alrededor de una trípode de personajes: el Jefe Civil, el Médico y el Sacerdote y en las ciudades, el Médico vivía envuelto en un halo de admiración que lo convertía en imagen de franca superioridad. Cuando aparecía la figura del doctor, de seriedad estatuaría, de lengua barba, casaca y chistera e inseparable maletín en la mano, había en el ambiente una especie de íntimo recogimiento venerando y algo así como una esperanza saludable.

El Médico, era esencialmente médico, y a pesar de esta posición aparentemente unilateral, había deslizamientos hacia otros terrenos de la cultura general porque el estado de la Ciencia Médica a la sazón, permitía tales incursiones. Y tan era así, que no se era Médico en la acepción estricta e íntima del vocablo, sino también Partero y Cirujano, es decir, que cuando se salía de la Universidad con la medalla en el pecho y el diploma entre las manos, se estaba facultado para ejercer todas esas ramas a la vez, puesto que el perímetro de cada una de ellas, permitía ser abarcado suficientemente por una sola persona.

El progreso se hacía a pasos cortos, tímidos, como si se hubiera llegado al pináculo de las adquisiciones, más allá del cual el camino se hacía estrecho y difícil al par que sombrío; y en tal virtud, el avance era muy pequeño, pues todavía triunfaba la influencia de la blandura metafísica y de la hojarasca lírica en la generalidad de los trabajos, blandura que se fué solidificando posteriormente con los métodos de investigación y experimentación mejor orientados. Era la época en que las Ciencias Médi-

cas acumulaban energías para emprender este camino de avance arrollador e incontenible de hoy.

En esta época, que desde la altura del momento presente contemplamos como muy lejana, encontramos en el Médico, dos aspectos que consideramos dignos de mencionar. Uno de ellos es profesionalmente intrínseco y era la necesidad en que se encontraba de crear con el raciocinio, la meditación bien guiada y hasta con la imaginación, una serie de datos, síntomas y signos, de unirlos convenientemente, comprarlos o desecharlos y forjar a punta de martillo cerebral la intrincada red del diagnóstico que aparecía adscrita con lujo de detalles y recargo propedéutico en los grandes libros de la Ortodoxia de turno. Entonces el Médico, era muy cerebral. Porque los medios investigativos no estaban a un nivel conveniente de rendimiento y se imponía reemplazar esa incapacidad luminosa del Laboratorio o los Rayos X por un cierto grado de agilidad mental.

De esa necesidad ingente y apremiante surgieron los grandes clínicos de la época, y surgió así mismo aquel concepto tan en boga del "ojo clínico", que en síntesis respondía a la capacidad o habilidad o práctica adquirida de lograr un diagnóstico certero de entre el ramaje de una complicada y frondosa sintomatología. Demasiado sabemos que esa fué la época de los grandes Maestros de la Clínica Trousseau, Dieulafoy y otros. Y lo mismo acontecía en el campo de la Obstetricia y de la Cirugía, es decir, no poseían aún la madurez presente. No cabe duda, pues, que el Médico tenía que ser cerebral.

Y como consecuencia de este estado de cosas, el Médico era por lo general un aficionado a las letras y a las artes. Porque a decir verdad, los Médicos de entonces escribían en su mayoría bien, cultivaban la literatura en muchos aspectos, consecuencia quizás de aquella costumbre inveterada en el siglo XV cuando los bachilleres así como los Licenciados en Medicina, al salir de las aulas divulgaban cantando y acompañándose con lira, los grandes resultados de la sangría y los vomitivos.

Hubo poetas, prosistas, oradores y amenos divulgadores, como para justificar esa tan zarandeada debilidad de los médicos por la literatura, de la cual ha hablado tan juiciosamente don Gregorio Marañón. Y Mary Lou Mc. Donough, esposa de un Ca-

pitán del Cuerpo de Sanidad Militar norteamericano, hizo una recopilación muy interesante intitulada "Médicos Poetas", en donde podemos leer el ambiente de aquellas épocas en que el galeno fundamentaba su arte y su ciencia en el humanismo y expresaba su sentir por medio de la métrica. Señala en sus páginas grandes médicos literatos y, especialmente, poetas como John Keats, Oliver Goldsmith, Johan Von Schiller, Saint Beuve, Connan Doyle, etc.

Y a propósito de este libro que merece, por su contenido, una ligera digresión, debemos recordar en el siglo XVI al humorista Gioramo Fracastoro, ejerciendo su profesión en las regiones del Lago Garda. Fué él quien bautizó a la lues, con el nombre de sífilis, nombre nacido de su inspiración, pues atribuía el mal a la unión del pastorcillo Sífilos con las bestias, y fué él también el autor del célebre poema sobre la sífilis y quien vislumbró la trasmisión de las enfermedades por elementos minúsculos que llamara *seminaria contagiorum*, anticipación imaginaria a la realidad posterior de los microbios.

En este mismo sentido recordemos al Licenciado Villalobos, quien un siglo antes, en el XV, en Salamanca, publicó en 47 coplas de arte mayor, la obra sobre "Las contagiosas y malditas Buvas. Estoria y Medecina". Mencionemos, además, en el siglo XVIII al médico suizo, Albrecht Von Haller, uno de los fundadores de la fisiología experimental desde la cátedra de la Universidad de Gottinga. Van Haller dejó su obra científica intitulada "Elementa physiologiae" y su obra poética "Die Alpen". Pronunciemos, asimismo, los nombres de Thomas Lodge, Jenner, el descubridor de la vacuna antivariólica, Sir Ronald Ross, el gran Sherrington, autoridad mundial sobre el sistema nervioso, Pavlov y Henry Head, el de la Medicina Aérea.

Don Pedro Mata, fundador en España de los estudios de la Medicina Legal y a quien en cierta ocasión le escribieron a son de crítica aquel cuarteto de todos conocido:

*Aquí en esta habitación
vive un médico poeta
que al pié de cada receta
pone Mata. . . y es verdad.*

El conocido Vital Aza, de quien recordamos su descripción de la pulmonía, así:

*Ello fué porque al entrar
por un tubo capilar
una racha de aire frío
se quejó del desavío
la mucosa pulmonar.*

Recordemos, asimismo, a don Pío Baroja, Felipe Trigo y otros muchos más que sería prolijo enumerar. Entre nosotros abundan los médicos que dedican sus ratos de ocio al cultivo de la literatura, lo cual puede representar motivo de una investigación histórica-sociológica, más dilatada y más detenida.

El segundo aspecto a que hicimos referencia sobre el Médico, es extrínseco y provenía del ambiente, del medio social. Nos referimos a esa aureola de respeto, de cariño, a esa superioridad indiscutible de su posición. Era un personaje, como dijimos, de veneración y confianza. Y por ese mismo medio social imperante, en medios urbanos mucho más reducidos que los actuales en los que predominaba cierto grado de mutuo y más íntimo conocimiento, aparecieron los llamados “médicos de familia”, que representaban no sólo al individuo capaz de tratar las enfermedades y males corporales, sino también de suministrar un consejo, una orientación, brindando así a la vez que reposo y bienestar del cuerpo, tranquilidad de espíritu y de pensamiento. A este aspecto contribuía, sin duda alguna, el hecho de la no existencia de Clínicas, pues la costumbre era la visita a domicilio y el establecimiento de los Consultorios con sus raquíticos mobiliarios en las casas de habitación de los médicos mismos. El Hospital era una palabra peyorativa. Ir al Hospital se consideraba como denigrante. El Hospital estaba hecho para los indigentes y muchos casos quirúrgicos y obstétricos y, sobre todo, los de Medicina General se resolvían en el domicilio, en vez de serlo en el medio hospitalario.

Así, pues, se puede observar, que el médico estaba en mayor contacto con el hogar; de ahí ese acercamiento, esa especie de trabazón más íntima y cariñosa entre la familia y el profesional a que hemos aludido.

Sin embargo, se trabajaba más. Fácil es comprenderlo. En semejantes circunstancias, la ida del Médico a visitar enfermos embargaba más tiempo que el que se consume en la diaria labor del Consultorio y el hecho mismo de un acondicionamiento previo del domicilio, para el tratamiento de cada caso, malgastaba también horas y energías. Siempre hemos sostenido que los médicos de antaño fueron **grandes trabajadores**. Las horas no estaban sometidas a cómodos reglamentos de alternativos períodos de descanso. Consideraban una sagrada obligación ineludible, por otra parte, atender al paciente a la hora en que fuere menester, porque la enfermedad no tiene hora fija de llegar, ni puede esperar. Y era un cuadro muy común ver pasar a altas horas de la noche, al profesional con su carga de sueño y de ciencia por las calles de la ciudad o por sus alrededores, a llevar el consuelo al menos, a los padres desesperados por la gravedad del hijo o a los hijos abrumados por la de sus progenitores.

De este modo apasionante y obligatorio de ejercer la profesión, cobró bríos el dicho de que el Médico no tiene descanso y que la Medicina es la más esclavizada de las profesiones.

A todo esto agreguemos, esa otra costumbre reiterada entre los profesionales de ayer, de su poca sociabilidad. Era raro verlos en las reuniones sociales, bailes, saraos, pic-nics, porque sus ocupaciones no se lo permitían. Si asistían a una fiesta social, estaban intranquilos, preocupados, pendientes del posible llamado, o de irse temprano para saber del estado de salud de algún paciente. Era pues, una vida azarosa, llena de angustia, con el pensamiento puesto en los clientes cuyas vidas estaban bajo su responsabilidad. Eran médicos de conciencia, abnegados, verdaderos apóstoles de la profesión, luchadores a brazo partido contra la muerte.

¿Acaso el concepto del deber estaba mucho más arraigado en aquellos profesionales como algunos han pregonado, o era que la humanidad tenía más sentimiento de fraternidad y mutua protección? Ni lo uno, ni lo otro. El concepto del deber es la resultante de las propias condiciones individuales en armonía con las normas educativas implantadas. Y la humanidad, en términos generales, ha sido siempre la misma, veleidosa en

parte, sentimental en ocasiones, perversa la mayoría de las veces e irresponsable en muchas circunstancias.

El Médico de ayer, trabajaba por lo general, solo. Cada quien tenía su Consultorio en su propio domicilio, pues no había ni Clínicas, ni Policlínicas, ni siquiera grupos de dos o más trabajando mancomunadamente. Laboratorios en forma no existían y los mismos profesionales o los boticarios acostumbraban hacer rudimentarios exámenes de orina, siendo los de sangre, con mucho, los más difíciles de verificar y únicamente en los escasos medios hospitalarios.

Años más tarde, aparecieron las Clínicas. Al principio fueron de Médicos particulares y llevaban casi siempre el nombre de su fundador que a la vez era el Director. Clínicas en donde se trataban casos de medicina, partos y cirugía, sin fronteras bien demarcadas entre sí. Luego, aparecieron las Clínicas en donde se empezó a trabajar en equipo, trabajo en equipo que ha venido a constituir una de las características de la actualidad. Hoy, se tiende a fijar en Instituciones debidamente acondicionadas para ello, la atención de casos pertenecientes a cada una de las tres grandes ramas nombradas de las Ciencias Médicas, y más todavía, Instituciones dedicadas a especialidades de radio más reducido en relación con las necesidades y las nuevas orientaciones, como Maternidades, Institutos Antituberculosos, Psiquiátricos, de Medicina Interna o de Cirugía o de Radiología. A todo esto ha obligado llegar, la progresiva división de Especialidades dentro del campo científico moderno.

De este conjunto de apreciaciones que tan a vuelo de pájaro hemos hecho sobre la personalidad del médico de ayer, se deduce su obra que al mismo tiempo surge como complemento de dicha personalidad. La obra de esos médicos, sin quitarle el valor que ella se merece y que somos los primeros en reconocer, es una obra en su mayoría dispersa, difusa y de poca penetración. Nos explicamos. El mismo nivel en que se encontraba la Ciencia es la causa principal de la característica de los trabajos de entonces. Muchos de éstos se reducen a la presentación de casos clínicos, expuestos con amplitud de detalles, que en veces llegaba a una minuciosidad desconcertante; otros, a extensas exposiciones en las que se admiraba franco espíritu de

recopilación, acervo de erudición y esfuerzo ingente de enseñanza, pero carentes, por decirlo así, de esa solidez de fondo, de esa base experimental, de ese fermento de investigación de la actualidad; y unos cuantos que, en honor a la verdad, constituyen los representantes de un decidido comienzo hacia el logro de objetivos fuertes, salpicados de esa inagotable angustia humana de altura, y que viene a ser algo así como los primeros pasos seguros por las sendas de una bien cimentada orientación.

Muchos de aquellos trabajos suenan hoy a hueco, no sólo por su contenido de fondo, sino también por su contenido de forma: en cambio otros, estos últimos a los que nos hemos acabado de referir, ya están ungidos con el óleo sagrado de una exacta e indestructible adquisición. No es que queramos hacer crítica de desvalorización sistemática de aquella labor, sino simplemente una escueta y ecuánime apreciación. Reconocemos, desde luego, en aquella extensa labor de ayer, el esfuerzo gigantesco, el deseo inconmensurable de llevar hacia adelante ese pesado carretón de la ciencia, pero a lo que queremos referirnos quizás como demostración de una muy transparente sinceridad, amén de una cruda verdad, es que la mayor parte de los esfuerzos ejecutados, no consiguieron el propósito apetecido, fueror impulsos de marionetas, volteretas graciosas, espectaculares, fuegos fatuos, luces peregrinas que finalizaban a poca distancia o se apagaban escaso tiempo después, sin dejar una impresión definitiva, una huella surco, una raíz profunda. Los que sí han persistido a través del tiempo con la misma intensidad de su comienzo, han sido pocos, pero ellos constituyen la esencia de esa superación que era desesperación en el alma y en el pensamiento de principios de siglo.

A mayor abundamiento debemos significar que toda aquella voluminosa obra a que hemos hecho referencia, no ha resistido en gran cantidad a la revisión metódica, amoldada a los cánones de un estricto fundamento científico. Lo admitido ayer como hecho incontrovertible, se ha venido al suelo. Las viejas teorías no han respondido a las pruebas de las modernas investigaciones. Sin embargo, debemos hacer notar que no todo puede incluirse en ese desbarajuste eliminatorio. La Medicina no es una ciencia exacta, es una Ciencia elástica y a diario con-

templamos casos que nos llaman poderosamente la atención en vista a su manera de reaccionar. Las escuelas fundamentales han continuado irradiando sus principios, con modificaciones algunas de ellas, pero todas en una perpetua lucha y un inagotable afán de mejoramiento.

Muchas de estas escuelas logran un mismo objetivo, como es la curación del paciente según estadísticas más o menos iguales, con diferentes procedimientos. La técnica empleada en muchos centros científicos, varían de método, pero todas tienen el mismo resultado apetecido. Y para decir aún más, bien sabemos que los éxitos obtenidos con tal medicamento que casi siempre vienen envueltos en un enjambre de entusiasta propaganda, pronto llegan a alcanzar sus convenientes dimensiones, quedando reducidos a porciones muy pequeñas en relación con el enunciado en los primeros momentos. Y cuántas veces hemos visto que lo que por fas o por nefas razones se ha olvidado, se ha apartado del uso cotidiano, ha vuelto a ocupar sitio prominente como medio de resultados satisfactorios.

Así, pues, la Ciencia marcha, es cierto, por un camino ascendente, como apreciación absoluta, pero con avances y retrocesos que equivalen a logros y rectificaciones, quedando de ese total de primitivas conquistas un puñado apenas que merezca la pena de tal denominación. Hoy mismo, que se dispone de medios, que se conocen procedimientos de alto valor investigativo, nos tropezamos con grandes escollos que aún están por obviar. El uso de las grandes sustancias terapéuticas modernas aparecidas en medio de un repique de campanas, ha sido sometido a un control y a reglas de un mejor conocimiento. Fué el mismo entusiasmo que hacía exclamar a los médicos de ayer el uso de la emetina o de la pituitrina con resultados matemáticos, el que hizo en nuestros tiempos promulgar las sulfas primero, los antibióticos más tarde y las sustancias corticorrenales después, como infalibles.

Por eso, nuestro modo de ver aquel voluminoso manojito de trabajos científicos de ayer, tiene que ser muy ecuánime y desde el de una bien medida relatividad. Dijimos al principio, obra dispersa, difusa y de poca penetración. Y en efecto, lo repeti-

mos una vez más. Porque entonces se le daba mayor importancia al detalle que aparecía en la superficie o que se dejaba atrapar por las manos hábiles del clínico, que al hallazgo de fondo, íntimo, biológico, de modificaciones anatomo-patológicas. Se lanzaba a los cuatro vientos el aforismo de si "la clínica decía SI y el Laboratorio NO, hacer más caso a la primera", como si toda esa búsqueda honda que representa en resumen la Bioquímica, tuviera una importancia de segundo plano.

Antes, en una palabra, se buceaba menos, se contentaba con el hallazgo de flote, con el detalle escurridizo que pacienteamente se esperaba hasta que se pudiera atrapar. Se hablaba en todos los textos y en casi todos los cuadros nosológicos de los signos patognomónicos, o sean aquellos infalibles, matemáticos, que constituían si pudiéramos decir el evangelio del diagnóstico. Hallar en el maremagnum sintomatológico de la patología, ese síntoma, era encontrar la clave del diagnóstico. A este respecto, oigamos al Dr. Piotrowsky: "Desconfiemos de los diagnósticos instantáneos, de los snap-diagnósticos, que pueden ser el origen de errores groseros. Cada vez menos se debe creer en esos signos patognomónicos que permiten un diagnóstico firme por su sola constatación". Hoy, la investigación alcanza profundidades e intimidades no sospechadas. Pero de todos modos, no estamos autorizados para aceptar de manera definitiva todo cuanto hoy se exhibe como adquisición firme, pues la Ciencia avanza y según nuestra expresión de marras, la Medicina es elástica; y tal vez mañana, muchos de estos hechos logrados y considerados como columnas, se vengán al suelo también en un estrépito jacarandoso de errores disfrazados.

De entre ese haz de consideraciones que hemos expuesto, podemos decir una vez más que el avance de la Ciencia y la rápida transformación social de la humanidad, constituyen los dos factores más resaltantes de las diferencias señaladas entre el Médico de ayer y el de hoy.

Ahora, el Médico se agita en el ambiente novedoso actual. La corriente del instante lo sostiene en un equilibrio distinto que, a los ojos retardatarios, aparecerá tal vez como profano, pero que está muy de acuerdo con la realidad. La vida se contempla bajo nuevos aspectos y con ellos, otro modo de gozar, de

satisfacerse se presenta. Hoy, el Médico no es un oprimido por los lazos que le han echado encima prejuicios herméticos. Hoy, el Médico tiene que ver las cosas de manera muy otra. Para eso, la luz de las modernas adquisiciones le alumbrará los senderos, la higiene de la conciencia le aclarará los principios. Con los ojos fijos en mil puntos, el pensamiento dando volteretas sobre mil paisajes y el alma vibrando por mil sacudimientos, el Médico no podrá unilateralizarse, canalizar sus sentimientos, amoldarse a reglas establecidas que no concuerdan con las necesidades del momento.

Antes que todo, el Médico de hoy, es un centro sobre el cual se puntualizan muchos radios que se dirigen a múltiples sectores. Pues en su personalidad se amalgaman otras tantas personalidades, a manera de columnas sostenedoras. Es que el Médico del instante no puede ser única y exclusivamente un científico, entregado a su especialidad. Se lo impide la misma vida dinámica, la agitación del vasto organismo que lo rodea. Como hombre ilustrado, es un hombre de impresiones y éstas saltan por todos lados estallando en campanadas de sugerencias y cada sugerencia es una brecha, ancha o angosta, pero es algo que se abre y que permite ver más allá. Hoy, no puede concebirse el Médico Biblioteca o el Médico Laboratorio con una carga de estantes en la cabeza o un juego de colores y microbios en las manos. No se puede vivir marchando por una sola senda, traficándola a toda hora, cosechando impresiones que, por monótonas, llega un momento en que carecen de originalidad o que, por ser producidas en el mismo terreno, bajo un mismo aspecto, engendran bostezos de cansancio y somnolencias de indiferencia.

Es necesario la variación. Airear de brisa nueva y fresca el espacio reducido de las actividades. Abrir las ventanas a los cuatro vientos en un ansia constante de renovación. Porque las manos necesitan de la diversidad del trabajo para que aumente, en agilidad, porque el pensamiento está urgido de volar hacia varios horizontes para lavarse de pegajosos sedimentos y el alma pide a gritos instantes de expansión para sacudir la modorra desesperante de una misma trayectoria.

Es que el trajín diario profesional desgasta y consume energías, atrofia espíritus, anquilosa cerebros. Es que el constante

entrar y salir de enfermos, ese pugilato contra el dolor y la muerte piden como consecuencia, el rato expansional, alegre, rato de compensación al cansancio de la lucha. Así, en esas horas reparadoras que vienen a ser en nuestra vida a manera de oasis, verdaderas vitaminas psíquicas, toda nuestra fortaleza recobra alientos para reemprender la brega. Y entonces, con este refresco vigoroso, podremos sentir más cerca las bellezas de la Medicina, contemplarlas con ojos más claros, atraparlas con manos más seguras.

Por lo tanto, el Médico de hoy, es eminentemente científico y social. En él, a manera de núcleo central, se vislumbra su especialidad y a su alrededor, como una aureola, los conocimientos generales adquiridos en el estudio de las Ciencias Médicas. Pero más allá aún, existe en él esa otra cultura que bien podríamos llamar heterogénea, que le permite hablar de cosas lejanas a su profesión y que sirve de medio de relación con lo que se agita y vive dentro de la humanidad entera. Que el Médico moderno no sea un unilateral, un hermético. Su especialidad, erigida ahora en necesidad, ha venido a constituir para él, un medio favorable para fomentar esa cultura heterogénea, porque le permite repartir metódicamente su tiempo entre la profesión, el estudio y la sociabilidad, entendiéndose por este último vocablo, todos los procedimientos que le permitan establecer relaciones de cordialidad e intercambio de ideas con el prójimo cualquiera que sea su nivel de educación, y motivos de diversión para sí, indispensables en la vida bulliciosa presente.

Y en relación con el concepto de especialidad científica que acabamos de expresar, nada nos parece más adecuado que copiar las palabras de Antonio Machado en tal sentido: "Una cosa terrible, contra muchas ventajas, tiene el aumento de la cultura por especialización de la ciencia: que nadie sabe ya lo que sabe, aunque sepamos todos que de todo hay quien sepa. La conciencia de esto nos obliga al silencio o nos convierte en pedantes, en hombres que hablan, sin saber lo que dicen, de lo que otros saben. Así, la suma de saberes, aunque no SEA EN TOTALIDAD POSEIDA POR NADIE, aumenta en todos y en cada una abrumadoramente, el volumen de la conciencia de la propia ignorancia. Y váyase lo uno —como decía el otro— por

lo otro. Os confieso, además, que no acierto a imaginar cual sería la posición de un Sócrates moderno, ni en qué pudiera consistir su ironía, ni como podría aprovecharnos su mayéutica”.

Una de las características de la vida de hoy es la precipitación. E. Minskowsky ha dicho a este respecto, lo siguiente: “Curar pronto o rápido es una fórmula que procede del avión. Los tratamientos precipitados, de resultados eficaces inmediatos, son la moda. Y en este desbarajuste de velocidad la voz de muchas virtudes se ha perdido, la sencillez entre ellas. La verdad es siempre sencilla y lo difícil es lograrla dentro de esa sencillez misma”.

Pero el Médico moderno tal como se viene perfilando en nuestros días, fuerza es confesarlo, tiene muchos bemoles. Su especialización, repetimos, constituye una necesidad, sobre todo, por la amplitud alcanzada de la Medicina y por consiguiente, es francamente aceptable. Pero el médico de hoy ha entrado, digámoslo de una vez por todas, por un franco camino de comercialización. Aquel espíritu de sacrificio, de desinterés, de mística, no existe con la misma intensidad. El ejercicio profesional se ejecuta cómodamente, en días y horas determinadas. El deseo de un rápido enriquecimiento saetea su mentalidad. Y el ejercicio profesional diario es una mixtura de ciencia e interés que se vende según el postor de turno.

Esto, desde luego, no reza con la generalidad de los Médicos. Las excepciones abundan, pero si enunciarnos estos lunares, es con el inmenso propósito de establecer una campaña de rectificación y mejor orientación. Hay que recordar un poco las recomendaciones Hipocráticas, las bases de la Deontología, la palabra prístina del Maestro Razetti, echar una mirada a la propia conciencia, sentir más de cerca el dolor ajeno, ser un poquito más idealista (más tontos dirían algunos), pero enrumbarse hacia el ejercicio profesional comedido y justiciero.

Pero la humanidad, en gran parte, tiene la culpa, porque se deja cultivar su vanidad, esa vanidad pasajera del ricachón o del que aparenta serlo, que es peor y que en gran parte es falsía, hojarasca, reverencia, manojó de poses ridículas, extraño conjunto que agita sus cascabeles en un intento voraz de

atrapar incautos capaces de satisfacerse con vacías burbujas de frivolidad.

Con todo, consideramos semejante estado de cosas un problema de trascendencia y de difícil solución, porque ya ha echado sobre la molicie y las aspiraciones del profesional, así como en la greda de esa vanidad social, profundas raíces de extraer. Pero, doblemos esa hoja y sigamos nuestra relación.

Pero entre esos dos aspectos o maneras de ofrecerse de la personalidad del Médico de ayer y la del de hoy, hay, como si dijéramos, otro personaje que señala el cambio en vías de establecerse; es como una figura que tuviera de las dos, o como un retrato intermediario que señalara la transición en un instante fugaz de su actividad. Es, pues, una mezcla de residuo del Médico de los siglos anteriores, no salido del todo de entre las redes de teorías tejidas de especulaciones y sofismas y el ingrediente nuevo, recién nacido de los crisoles de la investigación ordenada y la experimentación bien dirigida.

Si todo cuanto acabamos de decir de una manera quizás precipitada, pero comprensible, si todas esas características del profesional de ayer y de hoy y de ese otro del que hemos hecho hecho hincapié llamándolo tipo transicional, si todo ese acervo de conceptos emitidos, lo encuadramos en el marco de la cronología, podremos decir que ese Médico de ayer superficial y semi-metafísico, frondoso en la expresión y enigmático en ocasiones en la acción, corresponde a los siglos XVII y XVIII.

El siglo XVII se caracteriza por la eclosión del Renacimiento, que es en la Historia como decir el impulso inicial de avance. Fué el siglo de Descartes, Newton, Locke, Spinoza y Leibnitz, Racine y Corneille, Moliere y Boileau. La Bruyere, Fenelón y Bossuet, Shakespeare y Milton. En Medicina, se descubrió la circulación sanguínea por Servet y Harvey, el perfeccionamiento del microscopio, la renovación de la Medicina por Sydenham y la liberación de la Cirugía por las actividades de Félix primero y más tarde de Mareschal; pero la Medicina en general, como dice Eugenio Saint Jacques, "chapoteaba". "Tradicionalistas e ignorantes —sigue diciendo Saint Jacques—, pedantes y egocentristas, los Médicos atiborrados en sus largas batas

y puntiagudos bonetes discutían prolijamente sin saber más que sangrar, purgar u ordenar enemas”.

El siglo XVIII, es el siglo de Kant, Hume, Rousseau y Voltaire, Linneo y Buffon, de Lavoisier y Auenbrugger, y sobre todo de Jenner, el hombre de la vacunación variólica y de hecho el precursor de la Medicina preventiva. De este siglo, dice el mismo Saint Jacques: “Los Médicos todavía paseaban sus rostros adustos y altivos, ataviados con trajes más vistosos y llamativos que elegantes, asistidos de un modo de hablar ampuloso y figurativo que ocultaba su ignorancia fundamental”. Y este también fué el siglo de Mesmer y Cagliostro y en el que el egregio Goethe, escribía su famoso Fausto, reminiscencia del legendario hechicero alemán, pero que traducía el espíritu pseudo-científico de la época.

Son estos dos siglos, los que encierran ese tipo de profesional vanidoso y de vacia alforja de conocimientos a que hemos hecho alusión.

Pero, sin duda alguna, el siglo XIX fué el de la iniciación en firme de este empuje continuado de descubrimientos y adquisiciones. Este fué el siglo de Bichat, de Virchow, de Pasteur, de Laveran, de Roentgen, fué, en una palabra, el iniciador del estado de esplendor de la Ciencia de la actualidad y fué también el siglo de la gestación de esa gran escuela de enseñanza norteamericana que en tan corto tiempo ha venido a ocupar sitio indiscutible de vanguardia en la Ciencia ecuménica. Pero, sobre todo, el final del siglo XIX y los principios del XX, forman la época de transición de camino franco hacia este presente amplio y profundo.

Entre nosotros, esos tres aspectos del mismo personaje, aparecen en el escenario del pasado y del presente siglo, sobre todo, después de la Independencia que permitió la entrada de las nuevas corrientes de progreso científico mundial. Vargas fué el representante de ese Médico intermediario que fué evolucionando, perfeccionándose cada vez más, durante todo el siglo pasado a pesar de la pasividad universitaria de la época y que culminó en formación y actividad con nombres bien definidos como Razetti, Rísquez, Lobo, José Gregorio Hernández, Rangel y mu-

chos otros, en quienes podemos comprobar aún, una íntegra influencia europea, influencia que se extendió hasta las tres primeras décadas del presente siglo. Después, ha hecho su aparición de manera vertiginosa, el Médico moderno.

Es que hoy, la Medicina ha sido mejor conocida. Y por este mejor conocimiento es por lo que decimos que el Médico moderno tiene necesidad, si desea vivir a tono con el movimiento de avanzada que distingue la vida del momento, de conocer una serie de conexiones que en apariencia no existen, pero que en el fondo se sorprenden con palpitante realidad. Ya el Profesor Deffosses, hace tiempo lo dijo: "Sin desdeñar las bellas conquistas de la Medicina de ayer, nuestro arte no debe quedar encadenado a las teorías clásicas, ni a las prácticas enseñadas por nuestros Maestros; debe, sin timidez alguna, buscar perspectivas nuevas en todas las ramas del saber humano, en todas las maravillas del universo; nada humano, nada de la vida debe serle extraño, pues la Medicina como la Ciencia NATURA AM- PLECTITUR OMNE".

Y nó otra cosa podía suceder en estos tiempos en que las ciencias demuestran el triunfo de las proximidades, y la Medicina no podía dejar de ofrecer su contingente. Con las más apartadas ramas de la Ciencia en general, guarda la Medicina relaciones estrechísimas y aún más, establece comunicaciones de ayuda recíproca.

Cojamos al azar una cualquiera de esas Ciencias. La Geografía, por ejemplo. ¿Qué relaciones puede tener la Geografía con la Medicina?, se preguntará. La contestación demostrativa no se hará esperar. Poniendo a un lado las condiciones de CLIMAS, AIRES Y AGUAS del viejo Hipócrates, tríada que hoy ocupa puesto prominente en los estudios de la METEOROLOGIA CLINICA, la Geografía sí tiene relaciones y semejanzas con la Medicina que no pasaron desapercibidas para los anatómicos. En la base del cráneo la vena yugular parece dilatarse y formar una especie de remanso que ha sido bautizado con el nombre de golfo de la vena yugular. En una glándula de las profundidades del vientre, existen unos paquetes de acini secretores, denominados Islotes de Langerhans. En el intrincado tejido placentario, filtro de intercambio de vidas, existen curiosas

disposiciones de los vasos sanguíneos, llamadas Zonas de los Lagos sanguíneos. Una importantísima porción de la masa encefálica lleva el nombre de Lóbulo de la Insula y otra de Istmo del Encéfalo. Y empinándonos un poco sobre el montículo de una fina metáfora, el organismo humano es un mapa inmenso, en donde podemos contemplar las rojizas llanuras de los músculos, la cadena de montañas de la columna vertebral y los azules riachuelos de las venas. . .

Y otro tanto podríamos decir de la Filosofía, la Geometría, etc. El cuerpo humano posee una estructura original, en donde sorprendemos, sin mayor apuro, las manifestaciones múltiples de una bien demarcada arquitectura, pues de él bien podemos decir que es una enorme cúpula que piensa, reposando sobre una fuerte armazón que a su vez descansa sobre dos columnas que marchan.

¿Cuál sería la relación entre la Medicina y la Música? ¿Para qué necesita el Médico saber Música? Preguntas semejantes puede hacerse cualquiera que no haya observado un poco las relaciones que en verdad existen entre aquéllas dos. Pero cerremos un momento los ojos y escuchemos. Desde la cabeza hasta los pies, el cuerpo humano es una sola ramazón de armonías. El pulso toca su sordo bordón con un rítmico compás. Suena el corazón las cuerdas de su doble tonalidad entre las contorsiones de un baile sensual. Detrás del pecho, la orquesta de los bronquios y entre las cuatro paredes del cráneo, como una inmensa maraca, los capachos de los pensamientos en un loco afán tremolante. Pasa el tabético bailando un blue elástico y pausado; el parkinsoniano corre como por encima de una escala de notas precipitadas. El coreico baila un jazz desenfundado y el neurótico agita sus piernas, como si danzara al compás de un fox trot que se adivina.

El organismo en sí bien podríamos compararlo con un complicado instrumento de mil cuerdas. Un impulso misterioso preludeó los primeros compases. La euritmia biológica repitió las notas y la fuerza de la repetición engendró el ritmo, este ritmo de funcionamiento, de mecánica que nos define y caracteriza. Y hay dentro de este maravilloso instrumento, un algo, un ente, una mano motorizante que apresura, retarda o desvía la mono-

tonía soñolienta de un mismo compás. Y es por un cambio de tonalidades en los ruidos, por un sonido agregado, por una nota que enmudece, como el órgano canta su enfermedad, como si cada uno de los órganos estuviese provisto de una garganta que hablara en un lenguaje nuevo y denunciador de sus males. El corazón cuando se enferma pierde el ritmo, dá notas opacas, se silencia o aumenta de tono; el pulmón lesionado baraja los ruidos más extravagantes y la fiebre siembra de sonidos musicales todos el cuerpo a manera de una orquesta que va desde la nota aguda de un violín primo hasta la grave de un bombardino.

La Medicina se aprende con la cabeza, pero se ejerce con el corazón. Pues la esencia de la belleza profesional reside en saberla sentir, es decir, en hacer propio el dolor del prójimo. Allí está la sutileza más perfecta, la claridad que ennoblece y eleva. Nuestro espíritu debe ser un centro perceptivo y de exteriorización, debe recibir y debe dar. Recibir con los brazos abiertos el lamento, el quejido, la tristeza de los demás, ahondarlos, amararlos con los propios lamentos, quejidos y desdichas, sentirlos tan íntimamente arraigados como si de nosotros mismos hubiesen salido. Que sean en nuestro interior a modo de germen propicio para la cosecha de las buenas acciones. Y que el fruto maduro de la dádiva reviente en mieles de ingenuidad y desinterés.

Tener siempre la mano presta para el socorro oportuno, a fin de poder llevar sobre la herida sangrante el chorrillo tibio de agua rebotante en caricias benefactoras. Y tener dentro del pecho, vibrando constantemente, aquellas palabras del Rabí de Galilea: "ama a tu prójimo como a tí mismo" y que "la mano derecha no sepa lo que haga la mano izquierda"...

Recordemos antes de concluir, un manojo de escenas vividas en el diario agitar de la vida profesional. Recordemos los ojos cuajados de lágrimas del niño enfermo! Cómo llega hasta lo más recóndito del espíritu, la inocente súplica infantil! Cómo infunde profunda lástima los tardos movimientos del anciano! En el rostro de la madre, no se asoman todos los matices de bellezas ignoradas, cuando en un gesto de sublime fé y esperanza nos implora que salvemos al hijo grave? Cómo se nos encoje

el alma cuando nos sentimos impotentes para luchar contra la muerte! Y en la pobre muchacha machacada de golpes de infortunio, laceradas de microbios las carnes y el espíritu oprimido de desilusiones, ¿no existe algo que nos emociona y nos hace abrir los brazos en un ademán apostólico de piedad y consuelo? En la joven tuberculosa, repleta de romanticismo, pálida de encantos optimistas, los ojos cernidos de cansancio, el pecho angosto de dolores, ¿no florece toda una primavera de ensueños que han de romperse inexorablemente como diminutas pompas de jabón?

Y para finalizar, escuchemos el sentido relato que sobre una pobre enferma hace el eminente sabio francés Jean Luis Faure: “hace algunos meses una pobre mujer entró en mi servicio. Sucumbía lentamente de una grave infección. Creí deber para salvarla, intentar el supremo recurso. Pero la operación me demostró que la batalla que libraba estaba por encima de las fuerzas humanas. Por la tarde fui a ver a mi enferma. . . En la media luz de su humilde cuarto estaba pálida, con una bella sonrisa pura y dulce expresión de confianza, de esperanza y agradecimiento, feliz como lo son todos los operados que han franqueado la etapa terrible. Voy bien — me dijo— tengo confianza y presiento que voy a curar. Y puesto que me habéis salvado os suplico que permitais a vuestra humilde enferma abrazar a su salvador”.

“Esta confianza, este agradecimiento emanado de una dulce y encantadora mujer, que creía nacer a la vida al mismo tiempo que yo sentía la muerte descender lentamente sobre ella, me afectaron profundamente. Me incliné hacia ella y abracé suavemente su frente hirviente de fiebre. . . Su mano apretó débilmente la mía, su clara mirada se llenó de júbilo y de esperanza. . . y me alejé bruscamente para no dejar ver la emoción que me ahogaba el corazón”.

“Al día siguiente, por la mañana, me apresuré ir al cuarto de la enferma, con esa angustia instintiva que nos oprime cuando se presiente alguna desgracia. Mi dulce y encantadora operada acabada de morir; estaba allí, blanca, pero sonriente aún, con aquella misma bella sonrisa de confianza y esperanza. Es-

taba solo; sentí que mi pecho se hinchaba de una opresión súbita y mis ojos se llenaron de lágrimas”.

“Desde el fondo de mi corazón una plegaria subió hacia ella y sobre su frente helada, coloqué de nuevo mis labios pidiéndole perdón por no haber podido curarla... Y desde entonces, en las horas de tristeza, contemplo en el fondo de mi alma, la sonrisa bella y dulce de la pobre muerta...”

¿No hay en este relato, sentimiento, amor, lágrima escondida que va rodando lentamente, suavemente por los pliegues más hondos del alma?

Bien lo ha dicho Emmanuel Chauvet: “La Medicina no es el arte de enriquecerse, sino el arte de hacer el bien; el Médico debe ser el hombre del amor...”